

Moral: de las recetas al diálogo

LLUÍS DIUMENGE*

Mayo de 2004, el *Equipo Europeo de Catequesis* celebra su encuentro bienal en Budapest. En el paseo nocturno por el Danubio pude saborear la historia y leyendas de la ciudad. Los significativos puentes de las Cadenas, de la Libertad, de Isabel y de Margarita hablan de múltiples aconteceres.

Merced a los puentes, el Danubio hermana la histórica ciudad de *Buda*, embellecida por el palacio Sandor y la iglesia de Matías, con *Pest* que resplandece con la arquitectura del Parlamento.

Tender puentes para unir pueblos, culturas y religiones es, sin duda, uno de los principales quehaceres que tiene ante sí el cristiano del siglo XXI. Se le reclama clara identidad religiosa personal, apertura al mundo, voluntad de diálogo para trabajar con todos, por el mismo fin y en la misma dirección.

La conciencia promueve la unidad. En su nombre, creyentes y no creyentes se unen para buscar «la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad» (GS 16). Hoy, más que en el pasado, la humanidad comprende que sin alguna forma de unidad no puede sobrevivir frente a los lacerantes problemas del subdesarrollo, del hambre y de las guerras. Benedicto XVI afirma lúcidamente que «sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo»¹.

Un mundo en el que, junto al olvido de Dios, se da la omnipotencia planetaria de lo religioso. Proliferan las prácticas sincretistas y mágicas con miras a

* Profesor del Instituto Superior San Pío X.

¹ «Discurso en la vigilia con los jóvenes en la explanada de Marienfeld, Colonia (20 de agosto de 2005)», *Ecccl* 65, 2005, p. 1331.

conseguir la felicidad terrestre. Reproduce una característica del paganismo de la antigüedad, heredero de las religiones de la prehistoria, contra el que combatió la Iglesia. Lo arcaico revive con fuerza en la ultramodernidad desencantada.

Tiempos difíciles con mucho ruido mediático y político. Nadie, desde su propia orilla, llámese ideología o creencia, puede imponer su visión antropológica por decreto ley. Para el cristiano se multiplican los interrogantes, pero cuenta con el discernimiento evangélico. «¿Y por qué no juzgáis vosotros mismos lo que se debe hacer?» (Lc 12, 57).

A menudo se ha interpretado la conciencia como la voz que recuerda una ley prefabricada que basta aplicar en cada caso. En cambio, la vida del hombre presenta situaciones inéditas y problemas complejos. Urge buscar, sobre la base del principio fundamental del amor de Dios y del prójimo, la forma de actuación que mejor promueva la vida y construya puentes de armonía y diálogo entre todas las personas de buena voluntad.

La Iglesia en Occidente vive y sufre los cambios de la globalización y del pluralismo con su valor simbólico de tolerancia, de apertura de espíritu, de conciencia de la relatividad de sistemas de pensamiento y de decisión, de libertad. Su función, lejos de situarse como bastión contracultural frente a una sociedad considerada como perdida de antemano en el relativismo de los valores, ha de ser contribuir humilde y firmemente en el debate público con el fin de hacer emerger el consenso y los compromisos necesarios. Debe hablar del evangelio de Jesús, de fe, de esperanza y del amor que tenemos que vivir a diario.

1. «Nunca dejamos de condenar. Existe otro camino: el diálogo. Hablar, hablar siempre sin cansarnos»

Cada vez me impresiona más el vídeo sobre *Juan XXIII, el Papa de la Paz*. Los profetas como él no mueren. Se van con Dios y dejan en la Iglesia

peregrina puntos de referencia. Su insistencia en buscar a todo trance el diálogo fue recogida por Pablo VI en la primera encíclica de su pontificado. *Ecclesiam suam* propugna el diálogo en cuatro círculos concéntricos: el diálogo con la humanidad en cuanto tal, con el mundo; el diálogo con los que creen en Dios, con las religiones; el diálogo con los hermanos cristianos separados y, finalmente, el diálogo en el interior de la Iglesia. Aspiraba a tender un puente con el mundo contemporáneo. Por este mismo hecho se reconocía que entre ambas realidades (Iglesia-mundo) existía un hiato, un abismo.

La palabra *diálogo* admite acepciones varias: diálogo de la vida, de las obras, de la experiencia religiosa, de intercambios teológicos.

Cabe hablar *contra* alguien o *contra* determinada situación para refutar, argumentar o persuadir. En esa forma de diálogo, alguien se siente responsable en exceso de algo pretérito. Escoger hoy esta modalidad equivale a caer en el descrédito.

El creyente, para hablar de Dios *con* alguien, debe destacar por una serie de cualidades: reconocimiento del otro, igualdad, curiosidad y ganas de aprender. «Dios está unido a cada ser humano sin excepción», gustaba repetir el H. Roger Schultz, quien convirtió su vida en una parábola de comunión.

¿No tendría también particular interés explorar la postura del diálogo que puede mediar *entre* personas y *entre* creyentes?

El diálogo afecta al ser del hombre, a la naturaleza del hombre, a la esencia de la fe y de Dios mismo.

La naturaleza de la fe cristiana es histórica y relacional, características que fundan la identidad cristiana como identidad dada y abierta y, por consiguiente, *dialogal*. No existe como identidad *exclusiva* («soy yo en la medida en que me diferencio y opongo») sino *inclusiva* («soy yo mismo en la medida en que soy hermano de todos y me comprometo para que cada uno sea él mismo»). «El diálogo es más que un intercambio de ideas: es un

intercambio de dones, en el que las Iglesias y las comunidades eclesiales pueden poner a disposición su propio tesoro»².

Para que el diálogo forme parte, de manera integrada, en la estrategia educativa, es preciso que permita informar sobre el *otro*, en presencia del *otro*, mientras el *otro* se informa sobre nosotros en nuestra presencia. El diálogo exigirá tiempo, cultura del debate, maduración permanente de la fe, verificación en lo vivido. Junto a los servicios que las comunidades ofrecen, importa sobremanera ofrecer espacios de encuentro, de formación, de intercambio, concebidos como servicio público de sentido en donde las propuestas cristianas son formuladas.

El diálogo permite al *otro* ser *otro* respecto a uno mismo, no simplemente en el registro de la tolerancia, sino de la pasión por salvaguardar al *otro* en su especificidad y su diferencia. Respetar la alteridad del *otro* en su identidad propia es sinónimo de interés real por las convicciones del *otro*, superando propios prejuicios. Convendría asimismo disipar la ilusión según la cual sería necesario poner la propia fe entre paréntesis o en suspenso, para unirse mejor con el *otro*. «No se puede mantener un diálogo a costa de la verdad; el diálogo tiene que desarrollarse en la caridad y en la verdad... Se podría decir que la mejor forma de ecumenismo consiste en vivir según el Evangelio»³.

Los cristianos, ¿promoveremos la comunión para que el mundo crea, acogiendo la riqueza de la múltiple variedad de dones que el Espíritu suscita?

La necesidad de reavivar la esperanza ecuménica ha movido a Benedicto XVI a visitar la sinagoga de Colonia y a encontrarse con los representantes de las comunidades musulmanas. En el primer ámbito declaró con fuerza: «La Iglesia católica se compromete –lo reafirmo también en esta ocasión–

² Benedicto XVI, «Discurso en el encuentro ecuménico en el arzobispado de Colonia (19 de agosto de 2005)», *Eccl*, o.c., p. 1327.

³ *Ibíd.*

a favor de la tolerancia, el respeto, la amistad y la paz entre todos los pueblos, las culturas y las religiones»⁴.

No menos explícito fue en el segundo encuentro, aunque no visitara mezquita alguna: «Os aseguro que la Iglesia quiere seguir construyendo puentes de amistad con los seguidores de todas las religiones, para buscar el verdadero bien de cada persona y de la sociedad entera»⁵.

2. ¿Qué queda del Vaticano II y de la renovación de la moral?

La reflexión moral quiere arrancar, siempre y en todo momento, de dos textos fundacionales y fundamentales. Uno, para todos los tiempos, el *Evangelio*. Y otro, para nuestro momento histórico, el *Concilio Vaticano II*.

Con el *Evangelio* y el *Vaticano II* abarcamos, de un cabo al otro, la tradición cristiana que viene del pasado, pero que hay que actualizar en el presente. Precisamente para vivirla hoy y para empujarla hacia el futuro.

La corriente tradicional postula una visión deductiva y dogmática, un recetario para vivir confortablemente. Frente a la misma, cada vez más se reivindica el horizonte inductivo y pastoral que recurre al discernimiento.

La Iglesia, en su devenir, procura tomar conciencia cabal del tiempo que vive. Hubo un hombre enviado por Dios que se llamó Juan XXIII. Su esperanza y visión positiva del sentido de la historia impregnarían el Vaticano II. Un concilio multisimbólico y cuyos posibles significados resultan aleccionadores a cuatro décadas de distancia.

El Vaticano II, visto en su orientación general, ha sido el primer concilio que evitó cánones de condena. Su estilo rezuma misericordia y unidad. No existen enemigos tangibles y, menos, definitivos.

⁴ O.c., p. 1323.

⁵ O.c., p. 1329.

Benedicto XVI, al día siguiente de su elección, aseguró: «Yo también quiero afirmar con fuerza que continuaré la senda trazada por el Concilio Vaticano II y en la fidelidad bimilenaria de la Iglesia».

Ahora bien, ¿qué nos legó el Concilio en el sector de la moral? Un texto inspirador en el *Decreto sobre la formación sacerdotal*:

Téngase especial cuidado en perfeccionar la teología moral, cuya exposición científica, nutrida con mayor intensidad por la doctrina de la Sagrada Escritura, deberá mostrar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo (OT 16).

A ejemplo del Maestro, la moral se impregna de espíritu samaritano. Con capacidad para acompañar a quienes no siguen las normas de la Iglesia y para mostrar la vía de la radicalidad evangélica.

El itinerario de la moral se asemeja a una excursión de alta montaña. A la hora de partir abundan los temores. El ideal existe como perspectiva interpelante y fin normativo del viaje. Hay necesidad de mapa, de valores y normas fundamentales que indican la dirección. Conviene no perder de vista la cumbre. Algunos, pese a todos los esfuerzos, no llegarán a la cima. ¿Deben quedarse abajo del todo? ¿No es preferible acompañarles para que lleguen hasta donde puedan?

Conviene propugnar una ética de crecimiento realista que atienda a las posibilidades y limitaciones reales de cada persona.

En el sínodo de los obispos europeos de 1999, el cardenal Carlo Martini evocó tres sueños:

... Un tercer sueño es que el retorno festivo de los discípulos de Emaús a Jerusalén para encontrar a los apóstoles se convierta en estímulo para repetir de vez en cuando, en el curso del siglo que se abre, una experiencia de confrontación universal entre los obispos, que sirva para escoger alguno de los *temas disciplinares y doctrinales*... que reaparecen periódicamente

como puntos calientes en el camino de las iglesias europeas y no sólo europeas⁶.

Entre los temas que enumeró, figuran los referentes al papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, la sexualidad, la disciplina del matrimonio, la relación entre democracia y valores, entre leyes civiles y leyes morales.

El Papa, en un discurso improvisado al obispo y a los sacerdotes de la diócesis de Aosta (25 de julio de 2005), refiriéndose a los divorciados vueltos a casar, declaraba: «Dada la situación de sufrimiento de estas personas, es necesario profundizar en ello»⁷.

Cantidad de personas sufren y aguardan del Magisterio eclesial un enfoque abierto, positivo y esperanzador en cuestiones como la manipulación genética aplicada a la alimentación y la urgencia de paliar hambrunas; la capacidad científica actual de producir y eliminar embriones; la identidad genética de cada persona; la clonación con sus riesgos y posibilidades; aportaciones y perplejidades a la hora de analizar las variedades de orientación sexual y sus conductas; el uso de medios profilácticos en la relación sexual para prevenir un contagio mortal; la contracepción de emergencia para evitar el recurso al aborto; las prácticas médicas en moribundos así como el uso de recursos tecnológicos desproporcionados; el clamor intolerable de los pobres y excluidos tan a menudo olvidados en la Europa de los 25...

La *sabiduría práctica* puede servir de puente entre los principios y las situaciones conflictivas de la vida diaria. Consiste en inventar las conductas que satisfarán mejor las excepciones exigidas por nuestra solicitud para con las personas, traicionando lo menos posible las normas. Esta *sabiduría práctica* equivale a la capacidad de encontrar la solución justa, cosa muy distinta de la mera aplicación automática de la regla.

⁶ Cf. *Razón y Fe* 240, 1999, pp. 356-358.

⁷ Cf. *Eccl* 65, 2005, p. 1417.

Se requiere elevación de responsabilidad que vaya a la par del progreso científico-técnico. A la ciencia ha de acompañar la conciencia si queremos que la aventura humana camine hacia cuotas cada vez más elevadas de humanización para todos y, de modo especial, para individuos y grupos más vulnerables.

Cuando el científico, el teólogo y el moralista, a la escucha de los descubrimientos de las ciencias biológicas y sociales, piensen a fondo la problemática, ¿serán apoyados y animados por el Magisterio o frenados por el monopolio didascálico de la Jerarquía? El diálogo comprensivo tendría que ser una realidad. El Vaticano II optó por la «legítima autonomía de la ciencia» (GS 36) y por «reconocer a los fieles la debida libertad de investigación, de pensamiento y de hacer conocer, humilde y valerosamente, su manera de ver en el campo de su competencia» (GS 62). Debe existir coherencia entre estas orientaciones y las formulaciones de los documentos oficiales.

A nivel exterior, ¿a qué obedece la intromisión inoportuna de instancias eclesíásticas a la hora de dictar pautas a la sociedad civil? Una cosa es manifestar reservas hacia determinadas prácticas, percibidas como vinculantes para uno mismo desde la propia cosmovisión, y otra, pretender imponerlas por la fuerza en una sociedad plural.

Creyentes y no creyentes han de sintonizar con la preocupación de Benedicto XVI quien, en Colonia, tuvo encuentros importantes para impulsar el camino de diálogo y cooperación en el empeño común de construir un futuro más justo y fraterno, que sea realmente digno del ser humano.

Matrimonio y familia es otro de los capítulos nucleares que acapara la atención y la controversia.

El modelo tradicional de familia padece la embestida de la globalización económica (competitividad, paro...), cultural (los medios de comunicación social deseducan), social (individualismo). Cabe preguntarse hacia qué futuro camina.

Al tiempo que la configuración de la Iglesia en España ha cambiado, ha perdido no sólo el control jurídico exclusivo sobre el matrimonio y la familia, sino también el control predominante que ha pasado a manos del Estado. Es ya irreversible la separación entre matrimonio canónico y civil. Casarse por la Iglesia constituye una decisión de fe.

Mucha gente, por otra parte, piensa en el matrimonio como celebración pública de una unión emocional y sexual entre dos personas. Razón que posibilita el matrimonio homosexual.

La Iglesia, en el panorama hodierno, tiene el derecho de proponer y defender, privada y públicamente, su concepción del matrimonio y de la familia. Derecho que no dispensa de estar atenta a la evolución cultural con la capacidad de discrepar. Debe respetar siempre la independencia de los gobernantes, de los partidos políticos y de los ciudadanos, para proponer y decidir la regulación jurídica de determinadas situaciones de acuerdo con criterios éticos que no han de ajustarse necesariamente a la moral cristiana.

La ley que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo ha generado tensiones y divisiones en las relaciones de la Iglesia y del Estado español. Después de la desafortunada manifestación del 18J, la polémica continúa en el seno de algún partido político y en las declaraciones de algunos obispos.

3. ¿Construir puentes de diálogo en el nuevo pontificado?

Cabe esperar y sería deseable, en el alborar de un nuevo pontificado, que el Magisterio profundizara en el porqué de la oposición que media entre el *sensus fidelium* y la moral oficial.

El Papa actual, consciente de las arrugas que ofuscan el esplendor de la Iglesia alemana donde «cada vez es menor el influjo de la ética y de la moral

católica»⁸, subrayó que «una prioridad urgente en el diálogo ecuménico la constituye también las grandes cuestiones éticas que plantea nuestro tiempo; en este campo, los hombres de hoy en búsqueda, esperan con razón una respuesta común de los cristianos que, gracias a Dios, en muchos casos casi se ha encontrado. Pero, desdichadamente, no siempre»⁹.

¿Bastará para clarificar el horizonte recomendar el *Catecismo de la Iglesia católica* o su *Compendio*?¹⁰. La fidelidad al magisterio de la Iglesia ¿bloquea o hace innecesario el recurso a «los consejos de las personas entendidas»?¹¹.

Existen sociólogos que hablan de *exculturación* del cristianismo en sus vínculos con la sociedad que ha fecundado hasta época reciente. Lejos de ser una catástrofe puede convertirse en revulsivo. Siempre que se tome conciencia de la realidad con audacia y con una mística de ojos abiertos para reinterpretar la fe cristiana ante los graves desafíos de hoy.

«El mandamiento del Señor, pero también la hora presente impone continuar de modo convencido el diálogo a todos los niveles de la vida de la Iglesia»¹². Con enorme coherencia, el Papa ofrece gestos elocuentes. El 29 de agosto se encontraba con Bernard Fellay, líder de la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X, fundada por el arzobispo Marcel Lefèbvre. Y el 24 de septiembre tuvo un coloquio con Hans Küng y hablaron de la creación de una ética mundial y del diálogo sereno entre la fe y la razón científica.

Las nuevas sensibilidades reclaman escuchar los signos de los tiempos y dialogar sobre la problemática moral con todas sus aristas.

⁸ «Discurso durante su encuentro con los obispos alemanes en Colonia (21 de agosto de 2005)», o.c., p. 1336.

⁹ «Discurso en el encuentro ecuménico en el arzobispado de Colonia», o.c., p. 1327.

¹⁰ O.c., pp. 1334 y 1337.

¹¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1788.

¹² O.c., p. 1327.

La Iglesia ha de enseñar ciertamente. Sería de desear que lo hiciera desde una óptica más evangélica y que confiara más en la libertad responsable de las conciencias que en las recetas morales. Ha de restañar, igualmente, no pocos desencuentros, ahondados en los últimos tiempos, entre la comunidad creyente. Los hombres y mujeres de hoy necesitamos una palabra amable que inspire y no censure, que ofrezca y no imponga, que acompañe y no limite.

Desde el punto de vista teológico, muchas enseñanzas morales no forman parte de las formulaciones esenciales de la fe y dependen en gran medida de la razón humana y de la experiencia. Muchas de las enseñanzas católicas en sexualidad entran en esta categoría.

Nos agradaría, igualmente, que se desmintiera, con obras, el juicio emitido por José I. González Faus: «En mi humilde opinión, la Iglesia de los últimos treinta años ha puesto de relieve una infidelidad a la eclesiología del Vaticano II»¹³.

Anhelamos que vuelva a resonar el mensaje de Juan XXIII en la solemne inauguración del Vaticano II:

Al iniciarse el Concilio Ecuménico Vaticano II es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece siempre. Vemos, en efecto, al pasar de un tiempo a otro, que las opiniones de los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y que los errores, apenas nacidos, se desvanecen como la niebla ante el sol. Siempre se opuso la Iglesia a estos errores: *En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia más que de la severidad*. Piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos¹⁴.

¹³ «Crisis de credibilidad en el cristianismo. España como síntoma», *Concilium* 41, 2005, 325.

¹⁴ *Gaudet Mater Ecclesia*, 11 de octubre de 1962.

Los cristianos, en cifra, debiéramos destacar por vivir la libertad y la alegría, sin hurtar el cuerpo al compromiso, de los seguidores de Jesús. Ganaría la calidad de la fe:

El seguimiento no es sólo un requerimiento del Señor. Es también una condición para ofrecer el Evangelio de manera creíble. La fuerza interpeladora de una comunidad cristiana que en su mayoría siguiera sinceramente a Jesús sería incalculable. La multiplicación de comunidades más reducidas, pero radicalmente evangélicas, dentro de la gran comunidad, daría otro color a ésta y suscitara sorpresa, admiración y atractivo en bastantes alejados. La presencia capilar de una muchedumbre de cristianos verdaderamente seguidores en todos los entresijos de la sociedad hará pensar a muchos. Nuestra Iglesia se juega mucho en la calidad y cantidad de los seguidores¹⁵.

¹⁵ Diócesis de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, Carta Pastoral: *Renovar nuestras comunidades cristianas*, Cuaresma-Pascua 2005, n.º 56.